

novelista o versificador. Tiene la contextura del escritor avezado y la simplicidad expositiva que ha sabido encontrar, la dimensión exacta de la expresión, característica que sólo hallamos en novelitas de larga carrera literaria.

«Del diario de mi amigo», es en suma un libro sencillo y de verdadero mérito.—R. FERNÁNDEZ.



<https://doi.org/10.29393/At149-258LDFG10258>

FEDERICO GARCIA LORCA A TRAVÉS DE MARGARITA XIRGÚ, por
Arturo Aldunate Ph. Nascimento. 1937.

Este es un hermoso libro de interpretación literaria. Digo hermoso, porque hay en él pureza de lenguaje, diafanidad y hondura en los conceptos y precisión en las ideas que orientan al autor para abordar su tema. Hay además una condición singularmente valiosa, y es la de que este estudio ha sido realizado a base de apreciaciones estéticas muy personales que denotan originalidad y agudeza para ayudarnos a conocer y a entender la obra de García Lorca, y la manera como esta obra, magnificada en emoción y en elocuencia humana, alcanzó una expresión viva, honda y fervorosa en el arte de Margarita Xirgú.

El señor Aldunate Phillips, apartándose resueltamente de fórmulas que ya se habían hecho usuales en esta clase de trabajos de interpretación, no sigue la huella de escuelas literarias, ni hace citas de obras ni de autores para explicar esa «condición sutil del arte de hoy», como él mismo dice al referirse a Margarita Xirgú. Las interpreta a través de su propio temperamento sin preocuparse de lo que antes dijeron otros, para reforzar sus opiniones, cuando elogia la manera que la inquietud moderna ha encontrado para reflejar la belleza, a través de la sensibilidad de un Neruda o un García Lorca.

Se advierte en este estudio la alta calidad estética que se

alberga en el espíritu de este ingeniero que por su profesión conoce el secreto de la armonía, y de ese equilibrio que debe existir en toda obra humana para que de ella emane la belleza. No habla en tono sentencioso ni dogmatizante. Habla como hombre emocionado, como hombre que está tratando decir de la manera más justa y acertada aquello que se entró por sus pupilas y llegó a tocarle lo sensible, para hacerlo gozar o sufrir. Algunas de sus opiniones sobre cómo se debe expresar el arte, creo que merecen el más franco elogio. Dice, por ejemplo: «El hombre que vive formando parte de la naturaleza y que ve en el sol, en el árbol del monte, en el agua fresca del río, en la plata reluciente del puñal, o en el leve repiqueteo de las espuelas, una prolongación de su sensibilidad hecha realidad, no puede prescindir de su condición de pintor, músico y poeta».

Palabras justas que ponen de relieve con sencillez clara y profunda, una verdad estética que últimamente se ha venido discutiendo por algunos autores de la crítica chilena, con el pretexto de darle mayor amplitud o universalidad a la literatura nuestra, como si esta fuera la única condición que le conceda jerarquía y calidad. Es decir, quitarle el sabor y el color local, como si esto contribuyera a convertirlo en un arte subalterno, otorgándole en cambio un falso barniz de cosmopolitismo o europeísmo, que seguramente le quitará la espontaneidad y sinceridad que todo arte necesita, como premisa indispensable para poder subsistir.

El arte busca la perfección, pues es trasunto de belleza. Y es en la belleza sólo donde se puede hallar lo perfecto. Así, pues, no son los temas los que tienen importancia artística, sino la realización que se haga de ellos. Digo esto recordando el profundo desdén con que algún crítico, trascendiendo a francesismo, ha mirado nuestra literatura criolla, que sólo está formándose. Sin embargo, Aldunate Phillips, cuando hace observaciones que tienen relación con este asunto dice:

«García Lorca ha llevado a su teatro la esencia de España, de ese pueblo extraño que oscila sin medios tonos entre la sombra de la tragedia y la luz de la fiesta, que va, sin intermedios, del contenido denso de la crueldad, a la transparencia sutil del misticismo. O es gran poeta que planea por las alturas de la fantasía y del ideal, o es pueblo sencillo que se aferra, con su buen sentido a la naturaleza: Santa Teresa o el Alcalde de Zalamea; el Caballero de la Triste Figura o Sancho».

«Su canto poético no conoce de contemporizaciones que saben a romanticismo dulzón o a mogigatería hipócrita; desnudo de oropeles se yergue con la fuerza de su olor a tierra y a simiente, o vuela con la libertad creadora de lo inasible».

Esa es la verdad honda y certera. Al artista se le debe dejar que haga lo que desea hacer, lo que le nace como un perfume de las fibras del alma o como un trágico grito de su entraña. No se le puede alejar de los temas a que su gusto e inclinaciones lo atraen. Lo que hay que criticar es la forma como lo hace, el buen gusto, la medida, y todas las reglas de estética que se desee invocar. El señor Aldunate Phillips demuestra en este sentido amor al arte sin limitaciones. Ha elogiado con Neruda y ahora con García Lorca la significación en belleza que encierra el arte moderno, pero seguramente se interesará por cualquiera otra obra, sin importarle su tendencia si ella puede ostentar auténticos y subidos quilates.

El señor Aldunate, que se adivina a través de su manera de decir lo que siente, un hombre cordial y lleno de fervor por cuanto significa cultura en general, ha hecho una obra que a más de su valor y contenido estético, tiene el indudable mérito de contribuir al conocimiento de los valores de hoy, introduciendo al lector, suavemente, por el camino de la comprensión y del interés sin recelos, ni prevenciones egoístas. Con efusión tranquila y serena, nos dice sin vanidad, ni dogmatismos, lo que él entendió del arte y de la vida. Es el hombre que infiltrado de emoción, siente la necesidad de ser generoso.—LUIS DURAND. -